

(TRES PLEGOS.)



HISTORIA MILITAR Y POLÍTICA

DE

DON TOMÁS ZUMALACARREGUI,

y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte,
enlazados á su época y á su nombre.

MADRID.
Despacho, calle de Juanolo, núm. 19.

LIBRARY OF THE
CONGRESS
PHOTODUPLICATIONS
SERIES
MADRID

54.720



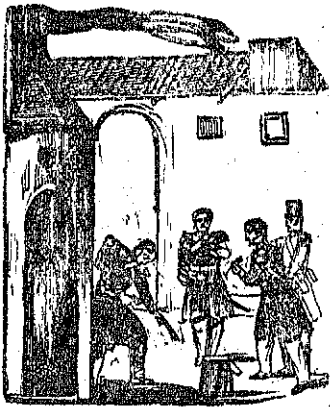
HISTORIA

DE

ZUMALACARREGUI.

CAPITULO PRIMERO.

Su nacimiento.—Su familia.—Sus primeros años.



entre los infinitos españoles que la fuerza de las circunstancias arrastró á la noble profesion de las armas la invasion de Napoleon en 1808, observamos no pocas celebridades militares, que sin los azares y conflictos de aquella época, no hubieran llegado á desarrollarse prestando un eminente servicio á la Europa entera, ni ofrecido á la *Historia de España* las honrosas páginas que tanto ennoblecen á sus hijos.

Desgracia ha sido para esta nacion, que despues de conseguido aquel universal objeto, la caída del capitan del siglo, nos hallamos divididos y envueltos en disensiones intestinas, y empleando contra nosotros mismos las armas, proveyendo á cada bando jefes bizarros y aguerridos que han hecho interminable la lucha, más cuantiosos los sacrificios y dolorosos los resultados.

De este número ha sido don Tomás Zumalacárregui, que si bien no brilló durante la guerra de la independendencia, aunque desde luego tomó en ella parte activa, porque carecia del prestigio y autoridad que dan los años, ha acreditado despues en su carrera que era un genio, y que no enbalde sus instintos belicosos le habian hecho mirar con tédio desde niño todo juego que no fuese de soldado ó de pelea, y pensar mas adelante en ser militar, respecto á que habiendo muerto su pa-

dre cuando él tenia cuatro años, y trece hermanos, conocia que difícilmente podrian obtener la educacion y colocacion correspondiente á la clase y distinguida nobleza de la casa solariega de los Zumalacárreguis, en el consejo de Ichaso, que tiene en el escudo de sus armas un jabalí al pié de un árbol, y por cuyos títulos de hidalguía, no ménos que por las prendas personales de sus individuos, es mirada con cariñosa veneracion en aquel país; así como todos los años se celebraba el dia 29 de Diciembre una solemnidad de familia, en la villa de Ormaiztegui, provincia de Guipúzcoa, aniversario del natalicio de nuestro protagonista, que tuvo efecto en igual dia del año de 1788 en la casa llamada *Iriarte-ordicoa*.

Muerto su padre don Francisco Antonio Zumalacárregui, escribano real y propietario de dicha villa, su viuda, doña Ana Inaz de Alcolaguirre, procuró con esmero afan cuidar de la educacion de sus hijos, poniendo á la escuela á nuestro niño á la edad de cinco años, donde aprendió á leer escribir y contar: por pura aficion, y sin recibir lecciones, llegó á leer con perfeccion admirable el idioma latino, distinguiéndose al mismo tiempo entre todos sus condiscípulos por la viveza de su genio, su carácter un tanto colérico, aunque noble; y que le hacia respetar y temer de ellos, y por la inclinacion que tenia á organizarlos en partidas y batirse: lo cual hizo que su maestro don Juan Antonio Arizpe Urrutia, predijese á la madre, que *Tomás sería algun dia un gran capitán, si emprendía la carrera de las armas á que parecia inclinado*.

A los trece años pasó á ejercitarse en la curia, al lado de su primo, don Pedro José de Urrutia, escribano de Idiazabal, donde, melancólico y taciturno, permanecía siempre frio é impassible espectador de los juegos y diversiones de sus compañeros, en que nunca tomó parte.

Tres años despues se dirigió á Pamplona á instruirse en la curia eclesiástica, con el procurador don Francisco Javier de Ollo, padre de la que más tarde habia de ser su esposa; pero á los pocos meses sonó para España la hora del combate glorioso, que tan enaltecida fama debia dar al pueblo español en los anales del mundo; y desde aquel momento, ni las sosegadas tareas de su profesion, ni las delicias del primer amor, pudieron contener inerte á Zumalacárregui, que á la vista del levantamiento, que cual fluido eléctrico se comunicó instantáneamente á toda la nacion, corrió al peligro llena su fantasía de ilusiones y de ensueños, y ardiendo en deseos de celebridad y de gloria; porque era valiente desde niño, entusiasta por todo lo grande, por todo lo noble, por todo lo arriesgado.

CAPITULO II.

Guerra de la independencia.—Primer sitio de Zaragoza.—Accion de Tudela.—Se incorpora Zumalacárregui á la guerrilla de Jáuregui.—Pasa comisionado á Cádiz.—Su ascenso á capitán.—Sitio de San Sebastian y batalla de San Marcial.—Se le tacha de poco afecto al sistema constitucional, y se le separa de su regimiento.—Consecuencias de esta injusticia.



Voló el jóven Zumalacárregui á Zaragoza á defender la independencia de su país y el trono de sus reyes. El 8 de Junio de 1808, se inscribió voluntario en el 5.º tercio de zaragozanos, denominado despues batallon del Portillo, y en él militaba y recibió el bautismo de los combates cuando tuvo lugar el primer sitio de aquella ciudad, que dentro de poco debia aumentar sus honrosos títulos con los justamente merecidos de *heróica é inmortal*; porque cuenta el número de sus héroes, por el de sus habitantes.

Conocida por los franceses la importancia de Zaragoza, pábulo de las más dulces esperanzas de todos los españoles, especialmente de los que se hallaban en puntos dominados por aquellos, pusieron el mayor conato en sojuzgarla; establecieron el sitio con 40.000 hombres de sus aguerridas tropas, al mando del mariscal del imperio Lefevre; pero aunque no tenían otras murallas que destruir que el diamantino pecho de los sitiados, viéronse bien pronto diezmadadas sus huestes, y en la necesidad de reforzarlas; y el emperador que atribuia á impericia del jefe, más que al fabuloso valor de los zaragozanos, la ineficacia del sitio, lo encomendó sucesivamente á Verdier, á Moncey, á Mortier y al duque de Montebello.

Preciso es hacer aquí mérito del general ilustre y esforzado que supo conquistarse en los dos sitios de dicha ciudad una celebridad nacional y una alta reputacion europea. El señor don José de Palafox y Melci, elevado por aclamacion unánime de todo un pueblo á la dignidad de capitán general de aquel distrito, resistió los perniciosos consejos de la junta de Madrid para que no hiciera frente á los invasores, con igual energía que rechazó los combinados y certeros ataques de estos. Celoso, infatigable y valiente, tan pronto salia para proveer la plaza de los recursos que ya escaseaban, como para atacar á los ene-

migos en sus campamentos; y siempre entre los defensores, siempre en el peligro, sabía alimentar la esperanza, alentar el valor.

Grandes y notables servicios prestó á la causa de la independencia española; en aquellos dias de prueba el batallon del Portillo, en que ya servia Zumalacárregui en clase de distinguido en que le habia colocado su misma bizarría, sus privilegiadas dotes. Sufria con ánimo contento y resignado todas las privaciones y peligros, sin amilanarse á la vista de tanta muerte como derramaba en torno suyo el fuego del enemigo, no menos que la epidemia de que se vieron acometidos. En los puntos de riesgo más intenso y donde el combate fué más encarnizado, allí tuvo la suerte de hallarse Zumalacárregui; y firme al pié de una tronera en el ataque comenzado por el Portillo, acudió con su batallon á hacer frente al que del lado de Santa Engracia emprendió despues el enemigo; y puede decirse que en los dias 3 y 4 de Agosto echaron el resto los sitiadores, y los sitiados se escedieron á si mismo en heroismo y bravura; y que en ellos aprendia nuestro soldado á familiarizarse con los peligros, y pudo proveerse del valor, teson y firmísima constancia, que no dejó ya de mostrar en toda su carrera; pues el que permaneció firme y sereno en la madrugada de dicho dia 4 al frente de una formidable batería francesa, viendo destruidas las nuestras y practicables las brechas; el que entusiasta repitiera la voz de *guerra á cuchillo*, con que respondiera el ilustre Palafox á la propuesta de *paz y capitulacion*, que en el combate hiciera el general francés; predestinado estaba para ser el caudillo de un ejército y pilar robusto de la causa que abrazase.

Terminado el primér sitio de Zaragoza, se halló Zumalacárregui en otra ocasion no menos distinguida, la de Tudela. Reunidos en este punto en consejo de guerra, los hermanos Palafox y el general Castaños, para tratar de si era ó no conveniente defender á Zaragoza de la segunda embestida que el audaz enemigo le preparaba, se vieron sorprendidos, y tuvo que salir nuestro ejército, fuerte de veinte mil hombres, á hacer cara al enemigo. La quinta division y los aragoneses, entre los cuales marchaba el jóven Zumalacárregui, fueron el sosten del pabellon español; hasta que atacados repetidas veces por fuerzas muy superiores, quedaron envueltos, y el que pudo escapar llegó á Zaragoza lleno de cansancio y fatiga. Nuestro novel soldado fué uno de estos que ansioso de venganza, veia aumentarse su deseo de humillar las altaneras águilas francesas.

Atentados los franceses con el éxito de la batalla de Tudela, preparaban á Zaragoza un segundo y más glorioso sitio. Numerosas fuerzas se presentaron delante de sus muros el dia 20 de Diciembre, y apoderados de Monte-Torrero, trataron de bloquear la plaza, y empezaron poco despues á abrir la brecha. Para interrumpir los trabajos de

los sitiadores; hicieron los españoles una salida el 31, y aunque de ella volvieron con doscientos prisioneros, esto no impidió que Zumalacárregui, que habia ido en la descubierta, sufriese la misma suerte; pero su natural viveza y perspicacia, le proporcionaron pronto la evasión, y una noche aprovechándose de la oscuridad y de la confusión del campamento, logró escapar de manos de los franceses; no sin gran trabajo y terrible esposicion, dirigiéndose instintivamente hácia su país natal, adonde llegó al cabo de algunos dias, estenuado de cansancio y de fatiga. Los cuidados del hogar doméstico, pusieron pronto á nuestro soldado en disposicion de continuar sus servicios; y como por aquella sazón empezase á formar su guerrilla el célebre D. de Gaspar Jáuregui, conocido por el Pastor, corrió á ofrecerle su acero, templado ya en Zaragoza y Tudela. Con los brazos abiertos recibió Jáuregui á su compatriota, y le nombró su secretario, con cuyo carácter y como segundo jefe, de las partidas de aquel, se halló el 21 de Setiembre de 1809 en la accion de Azpíroz; el 29, en la de Oyarzun; el 2 de Noviembre, en la de Tieba; el 3 de Enero del siguiente año, en la de Santa Cruz de Campezu; y el 8 de Febrero, en la del Carrascal: acciones todas que fueron una larga série de triunfos que, aunque aislados, prepararon la victoria gloriosa y completa de un pueblo que, valeroso, sacude el yugo de sus opresores.

A principios de Abril de 1810, cuando ya estaba más regularizada la guerra y más en órden los elementos de defensa, entró á servir Zumalacárregui en el primer regimiento infanteria de Guipúzcoa, concurriendo en clase de oficial, á las acciones de Villareal, del Puente de Belascoain y de Unzue, que este regimiento sostuvo con gloria en los primeros dias de Setiembre de dicho año; á las de Irurzun, Urrestilla, Ataun, Azcoitia y Puertas de dicha villa, en 1811; y á las de Arechavaleta, inmediaciones de Vergara, Loyolá, Villareal de Zumárraga, Segura, Azpeitia y Vergara, en 1812; mereciendo á fines de este año la distincion de ser comisionado para dirigirse á Cádiz, y obtener la confirmacion de los despachos de los jefes y oficiales del regimiento, como se verificó pronta y cumplidamente, cual era de esperar de su natural despejo y notoria capacidad, no sin que contribuyese al buen éxito de sus pretensiones la feliz casualidad de hallarse como diputado en la isla gaditana su hermano el señor don Miguel Antonio de Zumalacárregui, cuya coyuntura aprovechó tambien en favor suyo, aguijoneado por el natural deseo de adelantar en su carrera, y consiguió el despacho de capitán efectivo.

Terminada de un modo tan lisonjero la comision que le condujo á Cádiz, se trasladó á las provincias á mediados de 1813, época en que la guerra tocaba á su fin; y participando del comun deseo de los pueblos que ansiaban *paz y gobierno*, se incorporó presuroso al

regimiento, y contribuyó á acelerar la terminacion de la guerra en las acciones de Descarga, Irrazain, Sasiola, Mendano y Salinas, conduciéndose en todas ellas con no ménos discrecion que bizarría, hallándose igual mente en la importante toma de la ciudad de San Sebastian, con el ejército anglo-hispano, en que le tocó entrar por una brecha.

En aquellos dias fué agregado al cuarto ejército á las órdenes del general Freire, y tuvo parte en la memorable batalla de San Marcial el 31 de Agosto, que tan notablemente contribuyó á enaltecer las glorias españolas, por los heroicos esfuerzos que en ella tuvieron lugar, á propo sion del empeño que los franceses tenian en socorrer á los sitiados en San Sebastian. Perdieron la vida en aquella famosa jornada mil seiscientos cincuenta y ocho españoles, de cuyo singular mérito dió honroso testimonio el ilustre lord Wellington, cuando dijo: *que los españoles se habian portado en ella como las mejores tropas del mundo*. Faltos de auxilio los sitiados, capitularon el 8 de Setiembre, y la division guipuzcoana, en que servia Zumalacárregui, pasó á dar guarnicion á dicha plaza, donde aplicado y laborioso por carácter y por costumbre, dedicó los ratos de ocio al profundo estudio de la táctica, estudio que tanto habia de contribuir á su posterior celebridad: en este tiempo sonó para la España la hora del reposo, y volvieron las cosas al estado que tenian antes de la guerra. En fines de Agosto de 1815 pasó á mandar una compañía del regimiento infantería de Borbon: licenciado este á mediados de 1818, fué colocado con igual graduacion en el de Vitoria, y desde 1.º de Marzo de 1821 en el de las órdenes militares, 33 de línea.

Un año hacia entonces que se habia restablecido en todo su vigor el sistema constitucional, y por consecuencia natural de una reaccion tan violenta como la de 1814, las exigencias del partido liberal eran mas estremadas, y sus opiniones más intolerantes, bastando ser uno un poco frio ó prudente para adquirir la nota de desafecto. Esta calificacion mereció Zumalacárregui de los oficiales de su regimiento, por su continente grave y su silencio, quienes en union de sus jefes solicitaron su expulsion del cuerpo; y aunque reconocido posteriormente este error, solicitaron tambien su reposicion, y la obtuvieron, permaneciendo dos años despues al frente de la compañía, agasajado y estimado por los mismos que hicieran á su honor tan honda herida: su conducta en lo sucesivo no podia ser dudosa y devoraba en silencio la ofensa sin olvidarla; y de este modo, el que pudo haber sido un firme sostenedor de las libertades pátrias, habiéndosele guardado las consideraciones que merecia, llegó á ser caudillo esforzado é inteligente de las partidas de descontentos que por todas partes pululaban, y vino más tarde á proveer de general á un ejército valiente y numeroso.



CAPITULO III.

1821.—Pronunciamiento realista en Sangüesa.—Piensa Zumalacárregui abandonar la carrera militar.—1822.—Recibe orden de pasar á Vitoria.—Ofrecimientos de Quesada.—Los rechaza y vuelve á Pamplona.—Ocurrencia que le obliga á pasar á Francia.—Asciende á teniente coronel.—Acciones de Benabarre, Nazar y Asarta.—1823.—Se vindica de las imputaciones que le hacen.—Celebre sorpresa de Larrasoafia.—Invasión francesa.—Acciones en la vanguardia del ejército francés;



finos de 1821, el partido realista fuerte, audaz y ébrio de venganza, aceleró su pronunciamiento en Sangüesa, cuando faltó aun de la necesaria madurez y de la conveniente preparacion, no podia menos de abortar, y 300 hombres que mandaba la bandera del absolutismo, levantada con mano trémula por Melida, Eraso y Villanueva, el 10 de Diciembre

en Berasoain, fueron dispersados y derrotados. Puede asegurarse que por entonces Zumalacárregui solo pensaba en sus intereses particulares. El gobierno habia mandado que se premiase la lealtad y bizarría de los oficiales del ejército con destinos en Rentas y plazas en la Admisnistracion militar, y Zumalacárregui hizo sus solicitudes; más su hermano don Miguel, que no queria se marchitasen en flor las esperanzas que su genio y su valor le habian hecho concebir, empleó todo su influjo para que no se le diese curso; y el interesado, que ignoraba la causa del mal éxito, se llenó de hastío y disgusto. En este estado pasó su regimiento desde Zamora á Pamplona, donde se aglomeraban fuerzas que sofocasen la insurreccion si otra vez volvía á renacer, con cuyo motivo hubo de pasarse revista á los antecedentes políticos de cada uno de los oficiales del ejército, para espurgar á los sospechosos, en la que Zumalacárregui no pudo salir más favorecido, aunque este recelo no se justificaba, recibió orden de pasar á Vitoria con otros dos oficiales del mismo regimiento, y los tres emprendieron su viaje; pero una partida de ladrones, capitaneada por el feroz y desalmado carnicero de Tolosa, se apoderó de ellos, hasta que al cabo de quince dias quedaron en libertad, á beneficio de la persecucion que sufrían sus opresores por parte del general Quesada, que

concebido la idea de catequizar á los tres oficiales para engrosar sus filas. A este propósito no hubo consideracion ni agasajo que no usase con ellos, siendo Zumalacárregui el objeto de su atencion. Empleó todos los medios persuasivos de seduccion, pintándole por un lado la ingratitud de los liberales, y por otro la halagüeña perspectiva que ofrecia á su porvenir una causa que juzgaba de acuerdo con sus principios. Y aunque en el fondo no careciese todo de exactitud prefirió no abandonar las filas constitucionales; para parecer más intachable y más leal, por lo mismo que se habia arrojado sobre él la nota de sospechoso; y por consiguiente, sin contradecir al general, protestó su gratitud, porque despues de salvarle de las garras de los asesinos, le acogia con tanta benevolencia y le hacia tan sinceros ofrecimientos. Persuadido entonces Quesada de la inutilidad de sus gestiones, les manifestó la imposibilidad de llegar á Vitoria sin tropezar con obstáculos más invencibles y peligrosos, aconsejándoles que se volviesen á Pamplona, donde podian repomerse de sus quebrantos, y hacer alarde de su fidelidad. Así lo verificó Zumalacárregui; pero su repentina aparicion en una ciudad donde acababa de ser expulsado, no se atribuyó á una causa forzada, sino al deseo de sobornar oficiales para la faccion. Esta nueva calumnia tomó tal incremento que exasperada la víctima concluyó con fugarse á Francia.

A mediados de Agosto de 1822 se presentaron en el alojamiento de Quesada, en el pueblo de Almandoz, valle del Bastan, Zumalacárregui y sus dos compañeros. No es fácil descubrir la benévola acogida que el general les dió; pues tomaba como un feliz augurio para su causa la espontánea presentacion de tantos oficiales inteligentes y bizarros, que el fanatismo intolerable de los constitucionales arrojaba á las filas del absolutismo. El segundo batallon de la division navarra se hallaba sin jefe. Quesada puso al frente al capitán Zumalacárregui, con el grado de teniente coronel, corociéndose á los pocos dias su influjo en la organizacion y disciplina del mismo cuerpo. Ningun movimiento se emprendía sin su consejo; por él se diseminaron las fuerzas realistas, reunidas antes imprudentemente por Quesada; bajo su direccion se dió el ataque de Bolea, el 5 de Setiembre; el de Benabarre, el 18 del mismo; y otros varios en que salió triunfante; y por haberse arrojado el general sin su acuerdo, á la temeraria empresa de sorprender á Vitoria, sufrió un horroroso descalabro en 26 de Octubre entre Nazar y Asarta, que le hizo perder la simpatia de los Navarros y emigrar á Francia, del mismo reino vino á encargarse del mando el general don Cárlos O-Donell, y adoptando un sistema diametralmente opuesto al de su antecesor, subdividiendo las fuerzas en pequeñas partidas, que no podian obte-

ner nunca un resultado decisivo, conoció el disgusto que esto produ-
cia y se volvió á Francia, sucediéndole don Santos Ladrón.

El 9 de Enero de 1825 emprendió Zumalacárregui la sorpresa de
una columna que se hallaba en Estella, donde penetró con su bata-
llon hasta la plaza de Santiago, pero fué auxiliada de 2.000 hombres,
teniendo precision de retirarse aquel á las montañas de Salazar y
Aezcoa, donde se guarecia la junta realista, de cuya custodia se ha-
llaba encargado; y poco despues tuvo que vindicarse de otra falsa
imputacion de sus émulos que supusieron haber sido sorprendida esta
junta.

En seguida pasó á Francia para recibir de O'Donnell y custodiar á
Navarra el armamento y equipo para toda la division. Doce dias tardó
en evacuar esta comision, y tuvo tiempo de hallarse en la accion de
Larrasoaña el 20 de Marzo, en que los constitucionales dejaron en el
campo 400 soldados y 700 prisioneros. Poco tiempo despues entra-
ron las tropas francesas. Los batallones segundo y tercero de Na-
varra formaban la vanguardia del segundo ejército francés, á las ór-
denes del general Molitor. Este se dirigió á Aragon, y Zumalacárre-
gui se halló en la rendicion de Monzon en la destruccion de una
fuerte columna que salió de Lérida para auxiliar á aquellos; y final-



mente, persiguió con su batallon una columna de caballería que man-
daba el general San Miguel. En seguida concurrió tambien al bloqueo
y rendicion de Lérida.

CAPITULO IV.

1824.—Organiza Zumalacárregui el batallon ligero provincial de Navarra.—Queda sin colocacion y pasa á Pamplona.—Es nombrado individuo de la comision militar.—1825.—Recibe los despachos de teniente coronel de Cazadores del Rey.—Desempeña las funciones de coronel.—1828.—Pasa al regimiento del Principe.—Admira al Rey Fernando en Zaragoza la brillantez de este cuerpo.—1829.—Es promovido á coronel del de Voluntarios de Gerona.—Reorganiza los cuerpos de inválidos del reino de Valencia.—Concurre con su regimiento á Madrid para solemnizar la entrada de doña María Cristina.—Celes y rivalidades que escita.—Sus consecuencias.—Pasa de gobernador al Ferrol.



na vez conseguido el triunfo general y cambiada enteramente la faz política de la nacion, Zumalacárregui, como todos los que habian tomado parte en aquella reaccion, veia colmados sus deseos, satisfecha su esperanza, y un porvenir de felicidad para todos los españoles; pero no tardó en experimentar cuánto tenia de quiméricas estas ideas, aun para él mismo.

A su bien merecida nombradía de militar inteligente y organizador, debió el que se la encomendase por el capitán general de Navarra, la creacion de un batallon sobre la base del antiguo de voluntarios de Navarra, con los restos de la division de la misma provincia; y cumplido su cometido en pocos meses, despues de vencer muchos obstáculos, tuvo el disgusto de ver que se le diera á otro el mando y se retiró á Pamplona con licencia ilimitada, para sobre llevar en el seno de su familia los rigores de su vida pública. El mismo capitán general, queriendo sin duda mitigar la pena que supon-dria le habia causado el desaire sufrido, le nombró individuo de la comision militar ejecutiva, creada allí como en las demás provincias á mediados de 1824 para castigar los delitos políticos y de robos; y aunque Zumalacárregui no se hallaba dotado de la dureza y crueldad necesaria para llenar los deseos del gobierno en aquellas comisiones de sangre, cuyo tirano y sultánico reglamento amenazaba de muerte la existencia de la mitad de los españoles, hubo de admi-

tir el cargo y en él se condujo con la lealtad y templanza propia de sus buenos sentimientos.

El 23 de Agosto de 1825 recibió los reales despachos de teniente coronel del regimiento infantería Cazadores del Rey, primero de ligeros, con antigüedad desde igual día del año 1822, y desempeñó las funciones de coronel por espacio de catorce meses; con el mismo empleo pasó al regimiento del Príncipe, tercero de línea, que á principios de 1828 estaba de guarnición en Zaragoza, y el coronel prendado de su pericia, delegó en él todas sus facultades. Al momento se conoció la influencia de Zumalacárregui en el manejo de su cuerpo, y así es que el del Príncipe se distinguió tanto en un simulacro que se celebró para festejar á SS. MM. de vuelta de Cataluña, que el rey hizo llamar á los jefes superiores del mismo, y felicitó á su coronel por los positivos resultados de su celo, y habiendo contestado este con laudable modestia, que todo era debido al teniente coronel, repuso el rey: «celebro saberlo, pues no quiero que tan brillante oficial espere por más tiempo un grado que tan merecido liene.» Tanto satisfizo á Zumalacárregui esta manifestacion, que se juzgó suficientemente compensado de todos sus afanes. El 1.º de Febrero de 1829 fué promovido á coronel del regimiento voluntarios de Gerona, tercero de ligeros.

En Marzo siguiente se le cometi6 tambien la organizacion y reforma de los cuerpos de Inválidos del reino de Valencia, lo que efectuó tan cumplidamente, que á los pocos meses podia rivalizar en orden, instruccion y buen porte, con la tropa más lozana y joven del mundo.

Para solemnizar la entrada de doña Maria Cristina de Borbon en la corte, al tiempo de su enlace con el rey don Fernando, fueron llamados los cuerpos más lucidos del ejército; y entre ellos el regimiento de infantería de Estremadura, catorce de línea, que mandaba Zumalacárregui desde mediados de 1829, notable por su brillante porte, y por la instruccion que manifestó en los simulacros que entonces tuvieron lugar; y estas circunstancias que debieran proporcionar un ascenso á su jefe, sirvieron solo para escitar celos y envidia, que empezaron á significarse por privar á éste del grado inmediato que se dió por regla general á todos los coroneles de los cuerpos que se hallaban en Madrid; y despues por hacer salir el regimiento para el Ferrol, de cuya plaza fué nombrado gobernador el coronel Zumalacárregui, donde tuvo ocasiones, contra las ideas de los detractores de figurar en primer término por su inteligencia, su pericia y su infatigable celo en el desempeño de las comisiones de alguna importancia que naturalmente debian recaer en él, pudiendo decirse que esta posicion inauguró su vida pública.

CAPITULO V.



1832.—Importante descubrimiento y esterminio de una sociedad de ladrones.— Nueva calumnia por consecuencia de este servicio.—Se le separa del gobierno de Ferrol y del mando del regimiento, y se le sujeta á un proceso.—Resultando feliz de este.—1833.—Pide licencia ilimitada para Pamplona.—Entrevista secreta con don Carlos en Madrid.—Primeros síntomas de insurrección.—Impaciencia de Zumalacárregui por salir á campaña.—Huye de Pamplona.—Le proclaman los realistas por su caudillo.—Sus primeros planes.—Célebre acción de Nazar y Asarta.



iendo Zumalacárregui gobernador del Ferrol se le dió el muy espinoso cargo de descubrir y aniquilar una sociedad de ladrones que tenía atemorizado el Ferrol y sus contornos, y á poco tiempo hizo presos á más de cuarenta individuos, incluso el jefe principal; mas la sociedad, que contaba unos veinte años de existencia, y se hallaba perfectamente organizada, con los sujetos de más prestigio y caudal de aquella tierra, millonarios algunos, debió proponerse perder ó cuando menos apartar del Ferrol al hombre inexorable que se había resistido á los halagos del oro lo mismo que á las amenazas. Al efecto se supuso que el coronel gobernador Zumalacárregui y su regimiento, trataban de apoderarse del arsenal y de ciertas autoridades en la noche del 20 de Octubre de 1832, para oponerse al real decreto de 6 del mismo, en que el rey autorizaba para el gobierno del Estado á su augusta esposa, y aunque esta nueva calumnia debió quedar completamente desvanecida con la conducta que él y su tropa observaran, el comandante general del apostadero había reunido toda la tropa y dependientes de Marina en el arsenal, dando así importancia á unos anónimos, faguados quizás por los mismos ladrones, siendo el resultado separarle del gobierno y del mando del regimiento y procesarle; y á pesar de que por fin el consejo supremo de la guerra le declaró inocente y digno de las bondades de S. M. no se estimó conveniente colocarle. Entonces solicitó y obtuvo la licencia ilimitada para Pamplona; y antes de marchar á aquel destino, instigado de su mala suerte y de ciertos sujetos que se hallaban all

frente de la conjuración carlista, tuvo una entrevista secreta con el infante don Carlos, en que le ofreció sus servicios y su espada: y S. A. le contestó que esperase en Pamplona los acontecimientos.

Muchos y muy importantes fueron los que tuvieron lugar en el año de 1833, haciendo más difícil y complicada la situación de España; pero la lucha estaba contenida por la vida precaria de un hombre próximo á exhalar el último aliento; y cuando el 29 de Setiembre descendió á la tumba el rey don Fernando VII, los apasionados de don Carlos, que ya habían manifestado sus tendencias en varios puntos, se arrojaron á la arena.

Impaciente estaba el coronel Zumalacárregui por salir á campaña en el momento de recibirse en Pamplona la noticia de la muerte del rey; pero las lágrimas de su familia pudieron contenerlo por entonces, hasta que recibió una carta de Eraso, previniéndole que saliese á ponerse al frente de los valdorveses. Al mismo tiempo recibió otra comunicación de Urauga para que se viniese: así lo verificó inmediatamente, y los dos juntos se dirigieron á Vitoria donde se propuso á Zumalacárregui si quería pasar á Castilla á ponerse al frente de la fuerza que acaudillaba Merino, ó bien á Navarra á colocarse á la cabeza de los resueltos provincianos, y aceptó esto último.

En el valle de Araquil, cerca de la carretera de Pamplona se avisaba una mañana del mes de Octubre de 1833, un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas, que mustios y abatidos, expresaban en su aspecto, el estado precario de su causa. Conversaban en este sentido, cuando vieron dirigirse hácia ellos un hombre envuelto en una capa y con boina y alpargatas á estilo del país, y como por instinto, á medida que se iba acercando se animaban sus semblantes, y el apiñado grupo le habria paso hasta su centro. Llegó, en fin, y cuando rodeado de toda aquella gente se dió á conocer, el más ferviente entusiasmo se apoderó de todos, que levantando en alto los fusiles, lanzaban gritos de júbilo marcial, y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de *viva Zumalacárregui!* El por su parte también rebotaba de alegría. Su fisonomía expresiva y un si es no es severa, revelaba en aquellos momentos toda la expansión de su alma; sus ojos negros querían salirse de sus órbitas de placer, le parecia ver realizados sus sueños de gloria, y próximos á satisfacerse sus deseos. Frisaba entonces en los 45 años: era su estatura regular, ancho de espaldas, los hombros desnivelados por efecto de una caída: de tez morena y casi siempre pálida; pelo negro, mirada perspicaz y centelleante, expresión triste y pensativa, y con bigote unido á las espesas patillas era un conjunto imponente y á veces amenazador, conociéndose muy á las claras en su figura y modales que había nacido para mandar, y que estaba predispuerto para dirigir la suerte y poner muy al

tas las esperanzas de un partido que las tenia abatidas. Iturralde fué el primero que le disputó el mando, enviando dos compañías para arrestar á Zumalacárregui; mas este, apoyado en ese influjo y ascendiente que los hombres de mérito ejercen, se adelantó y previno con firmeza al jefe que mandaba la fuerza, que de órden suya procediese al arresto del general Iturralde: lo que efectuó inmediatamente, y conduciéndole á su presencia, el generoso Zumalacárregui le nombró su segundo, manifestándole que á no disponerlo el rey, á nadie cedería el mando más que á Eraso, que habia sido el primero en proclamar á Cárlos V.

Dueño absoluto del campo carlista, fué uno de sus primorosos pensamientos el nombrar una junta económica, encargada de recaudar los intereses y acopiar subsistencias, armamentos, vestuario y municiones; y libre de este cuidado, se dedicó á organizar las fuerzas por batallones, instruirlos y disciplinarlos; proveyendo á cada soldado de una boina, canana, capote gris, pantalones encarnados, zapatos y dos camisas: estableció un sistema de espionaje admirable; y como complemento de su plan, previno por un bando el bloqueo de todos los puntos fortificados por las tropas de la reina, creando al efecto un cuerpo de aduaneros.

En este estado quiso Zumalacárregui hacer su primera tentativa sobre Bilbao, objeto constante de su ambicion y causa primordial de su desgracia; librando una accion en los pueblos de Nazary Asarta, donde se situó con 6.000 hombres. El general Lorenzo, unido á la columna de operaciones de Aragon marchaba resuelto contra los enemigos; y en fin, el 29 de Diciembre tuvo efecto este combate, en que diferentes veces balanceó la victoria; y Zumalacárregui, prefiriendo á un resultado aparentemente glorioso la conservacion de su gente, se retiró á Santa Cruz de Campezu.

